

I Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XVI Jornadas de Investigación Quinto Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2009.

Notas acerca del lugar del trauma y la transmisión intergeneracional en la manifestación de los signos de percepción.

Luna, María Eugenia.

Cita:

Luna, María Eugenia (2009). *Notas acerca del lugar del trauma y la transmisión intergeneracional en la manifestación de los signos de percepción. I Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVI Jornadas de Investigación Quinto Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-020/657>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eYG7/V18>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

NOTAS ACERCA DEL LUGAR DEL TRAUMA Y LA TRANSMISIÓN INTERGENERACIONAL EN LA MANIFESTACIÓN DE LOS SIGNOS DE PERCEPCIÓN

Luna, María Eugenia
Universidad Nacional de La Plata. Argentina

RESUMEN

El presente trabajo se propone articular tres conceptos teóricos de gran relevancia para el psicoanálisis con niños y adolescentes, a saber: trauma/traumatismo, transmisión y signos de percepción. A partir del pensamiento de Silvia Bleichmar, se vislumbra el modo en que los traumas psíquicos acaecidos en los niños, y transmitidos por vías no simbólicas, pueden materializar sus efectos a través de signos de percepción. En términos generales, desde una perspectiva económica se puntualizan los modos en que a partir de los aumentos energéticos en el aparato psíquico, se originan traumatismos del lado del infans. Por otra parte, se intenta articular la noción de trauma con las variadas modalidades de transmisión. Finalmente, se realiza especial énfasis en aquellas formas de transmisión movilizadas en los registros sensoriales, específicamente las que quedan no ligadas en el aparato psíquico y se materializan en signos de percepción.

Palabras clave

Trauma Transmisión Signos de percepción Bleichmar

ABSTRACT

NOTES ON THE PLACE OF TRAUMA AND INTERGENERATIONAL TRANSMISSION IN THE MANIFESTATION OF PERCEPTION SIGNS

The current work has as an objective to articulate three theoretical concepts of great relevance for psychoanalysis in children and adolescents, namely: trauma/traumatism, transmission and perception signs. From the thought of Silvia Bleichmar, we perceive the way in which psychic trauma which has occurred in a child, and was transmitted in a non symbolical way, can materialize its effects through perception signs. In general terms, from an economic perspective it is possible to specify the ways in which traumas in the infans are originated from the energetic increase in the psychic system. On the other hand, there is an attempt to articulate the notion of trauma with the various transmission modalities. Finally, there is special emphasis on those forms on transmission that flow in the area of sensory perceptions, specifically the ones that remain unattached in the psychic system and are materialized in perception signs.

Key words

Trauma Transmission Perception signs Bleichmar

En el siguiente trabajo se articularán tres conceptos teóricos de gran relevancia para la praxis del psicoanálisis con niños y adolescentes: *trauma/traumatismo*, *transmisión* y *signos de percepción*. A partir del pensamiento de Silvia Bleichmar, se vislumbra el modo en que los traumas psíquicos acaecidos en los niños y transmitidos por vías no simbólicas, pueden materializar sus efectos a través de signos de percepción.

En primer lugar, concebimos la idea de un aparato psíquico abierto a lo real, de origen exógeno, traumático y en desfasaje con el mundo natural (prematureo), sometido a los avatares de lo histórico vivencial. Este modelo de aparato psíquico que se encuentra entre el determinismo y el azar, que se encuentra bajo la lupa del

paradigma de la complejidad (Priogogine, 1992). Desde esta perspectiva, es posible cercarlo en su materialidad. El inconsciente no es innato, ni adquirido, no se halla desde los orígenes, sino que es producto de la cultura y de la represión originaria a la que el niño puede arribar en un segundo tiempo, en una *dialéctica* que se da entre el adulto responsable de los primerísimos cuidados y el niño.

El aparato se constituirá en dos tiempos, en un primer tiempo se instalará la pulsión y el autoerotismo, y en un segundo tiempo se instalarán los sistemas psíquicos a partir de la represión originaria. En este primer tiempo es necesario que la sexualidad ingrese coligada, Implantación de la pulsión más narcisismo trasvasante, por lo que dicha madre además de "excitar" el cuerpo de ese niño (implantación de la pulsión), también debe poder crear una envoltura narcisante, en donde envuelva al infans como un todo, y al mismo tiempo como alguien diferente de ella.

Para que esto suceda la madre debe ser un sujeto hablante, que además se aproxime al cochorro humano con representaciones totalizantes, narcisistas; atravesadas ellas por su propia represión secundaria, o sea que este instalado en esta madre el proceso secundario. Pero todo ello no es suficiente, sino solo necesario, porque además todo esto tiene que estar en pleno funcionamiento a la hora de la crianza.

El narcisismo trasvasante, será el que posibilita la construcción de las vías colaterales que permiten que todo aquel remanente excitatorio, de por ejemplo el encuentro del niño con el pecho, pueda ser descargado por estas vías de facilitación, permitiendo movimientos de ligazón, ya que de lo contrario el niño se vería compelido a un exceso que no tendría las características de ser estructurante o motorizante sino más bien desestructurante.

Si bien es la madre la que implante la pulsión co-ligada de su narcisismo trasvasante, es el niño quien debe metabolizar aquello que la madre y el medio provee. En palabras de Bleichmar: "...la realidad psíquica siendo del orden de lo que no surge de la autonomía del sujeto, pero tampoco de la trascendencia subjetivante del otro grande, del inconsciente concebido como otro, incluso si es el efecto de un proceso que proviene del otro. Pero de otro que no sabe lo que esta implantando, lo que permite la metábola del lado del niño, y constituye la singularidad de esta realidad nueva..." (Bleichmar, 2004:9).

Por otra parte, en relación a la noción de *trauma*, rescatamos el modelo económico de aparato psíquico esgrimido por Freud en el *Proyecto de psicología* (1985) y en *Más allá del principio del placer* (1920). Laplanche y Pontalis definen el trauma como una "...experiencia que aporta en poco tiempo un aumento de excitación tan grande a la vida psíquica, que fracasa su liquidación o elaboración por los medios normales o habituales, lo que inevitablemente dará lugar a trastornos duraderos en el funcionamiento energético..." (Laplanche & Pontalis, 1972:467). Freud (1925), por su parte, en *Inhibición, síntoma y angustia* afirma que una situación traumática "...es esencialmente, una vivencia de desvalimiento del yo frente a una acumulación de excitación, sea de origen externo o interno, que aquel no puede tramitar..." (Freud, 1925:130).

En esta línea, Bleichmar (1993) define al traumatismo como "*un flujo energético indomeñable, que deja al aparato psíquico librado a cantidades que pueden llevarlo a la destrucción...*" (Bleichmar, 1993:150). Es posible delimitar el traumatismo en sus diferentes aristas, el trauma como algo estructurante, motorizante o desestructurante.

El efecto traumático se constituye como efecto de un remanente de angustia sin simbolizar, no siendo éste representable por medio de la palabra. Esta angustia no representable remite a aquella energía no ligada de la que venimos haciendo referencia.

En lo que refiere a *transmisión*, el ser humano tiene una increíble pulsión a transmitir, lo que hace posible que el tiempo psíquico como tal pueda seguir presente a través de las generaciones.

La transmisión operar como sostén sólo si gracias a ella se produce, por un lado la apropiación de lo recibido por parte de aquellos que nos antecedieron y, por otro lado, simultáneamente, la impresión de nuestro propio sello a aquello recibido. Esta transmisión se encuentra motorizada por dos fuerzas, la que remite a los anhelos narcisistas de inmortalidad, vía la transmisión de tabúes y de significaciones imaginarias de la cultura, y aquella que remite

a la necesidad de transmitir lo no albergado en la propia psique para luego arborizar en otras psiques.

Podemos decir que en la vida de todo sujeto el mismo se verá en cada uno de los diferentes encuentros sometido a la transmisión, habrá momentos privilegiados para ello como lo son: las primeras influencias del entorno sobre la vida psíquica del feto, las relaciones precoces del niño con su primer entorno, las identificaciones del niño con cada uno de sus padres, los momentos del nacimiento y de la muerte, algunos acontecimientos significativos, las transferencias de objetos materiales. (Tisseron, 1997)

La familia, en tanto primera institución portadora y transmisora no solo de lo cultural, permite el advenimiento de un sujeto humanizado. En cada encuentro entre la madre, por ejemplo, con el *infans*, se transmite algo por diferentes vías, no sólo simbólicas. En esta transmisión, nada se pierde, no hay fuga posible por lo que el acto es el canal privilegiado de la misma en materia de lo no representado, quizás la dimensión más oscura y enigmática de la transmisión. Así es como podemos comprender tanto las influencias intergeneracionales como las influencias transgeneracionales. Las primeras, las intergeneracionales, son aquellas que se producen entre generaciones adyacentes en situaciones de relación directa, en la cual se privilegia la transmisión de lo simbolizado. Las segundas, las transgeneracionales, refieren a aquellas que se producen a través de la sucesión de generaciones, en las cuales se privilegian los elementos no transformados, no representados, que forman parte de la transmisión negativa. En este sentido, los contenidos psíquicos de los hijos pueden estar marcados por el funcionamiento psíquico de abuelos o de ancestros que no han conocido, pero cuya vida psíquica ha marcado a sus propios padres.

Las modalidades de transmisión que no tiene un carácter simbólico, que son más bien de un orden pulsional, son aquellas que se dan, por ejemplo, mediante la forma en que la madre sostiene a su hijo, como lo lleva, como lo acuna, lo alimenta, como lo acaricia, en sus ritmos lingüísticos, entonaciones, intensidades vocales, etc.

En este tipo de transmisión es donde hacen aparición los signos de percepción.

A partir de las concepciones económicas del aparato realizadas por Freud, en la carta 52 dirigida a Fliess, se desliza la idea de la posible no traducción de ciertas huellas. Esto nos habilita a pensar que en la psique podemos encontrar cierta pregnancia de estas huellas que no pudieron ser retranscriptas y que generan sus efectos.

Los *signos de percepción* aluden entonces a lo más arcaico del aparato psíquico, aquello que nunca fue tramitado en lenguaje en sentido estricto, en el interior del código, sino aquello que opera como fragmento de la realidad psíquica, aquello adherido a lo histórico vivencial que se inscribe en las primerísimas experiencias con el objeto. A pesar de que estos signos se encuentran inscriptos, no están articulados en ninguno de los dos sistemas de la tónica psíquica.

Finalmente Bleichmar definirá al signo de percepción como: ... *“un fragmento del objeto real, metonímico del objeto real, inscripto por desprendimiento, provisto de fuerza de investimiento a partir de su carácter excitatorio, pero que ha perdido toda referencia al real externo, que existe solo como realidad psíquica en razón de que ha sido incluido en una realidad otra que la realidad exterior de proveniencia. Es este elemento investido, circulante, el que puede devenir indicio cuando cobra para el sujeto el carácter de un signo, cuando “hace signo”, porque el mismo se ve fijado a éste o porque alguien lo subraya - en este caso el analista- y mediante su ligazón cede en su carácter de precipitante de la compulsión de repetición...”* (Bleichmar, 2004).

Los signos de percepción no son producto de una determinada etapa de la vida sino que pueden producirse a lo largo de la misma como una materialidad irreductible a todo ensamblaje a partir de ser producto de experiencias traumáticas inmetabolizables. Gran parte de los objetos de la pulsión, de los modos fijados de las compulsiones, que aparecen como representaciones sobre las cuales no son posibles las asociaciones, son de este orden.

El signo de percepción sería tratado en el análisis como un indicio, esto es diferente a decir que es la inscripción de un indicio, ya que no lo es, sino que el mismo debe ser tratado como éste, en tanto da

cuenta de la presencia de un objeto, pero no es su representante. Tiene un carácter metonímico entonces y no metafórico.

El psicoanalista debe actuar a través de la construcción de hipótesis, de un modo ni inductivo, ni deductivo, sino más bien abductivo, consistiendo este en la relación término a término. Recordemos que si bien estos elementos pueden ser puestos en lenguaje, están desconectados de la producción misma del lenguaje, solo son de lenguaje en tanto forma de captura y no como forma de producción. El analista se ocupa entonces de “otorgar”, vía la reconstrucción común entre paciente y analista, lo que se ha dado en llamar simbolizaciones de transición, que son una suerte de puentes, de auto-transplantes. Esta interpretación debe reconocer algo del real-vivido, debe revelar una verdad de carácter histórico, para poder llegar a ser una verdad verosímil que permita el dominio de la compulsión de repetición, sino la interpretación no tendrá valor para el sujeto.

Entonces, a partir del encuentro de la madre con el *infans* se producen aumentos energéticos en el aparato, ocasionando *traumatismos* del lado del *infans*, habilitando variadas modalidades de *transmisión*, aquellas movilizadas en los registros sensoriales quedan no ligadas en el aparato psíquico y se materializan en *signos de percepción*.

BIBLIOGRAFÍA

- BLEICHMAR, S. (1990). El traumatismo en la apropiación-restitución. En restitución de niños, abuelas de plaza de mayo. Buenos Aires: Eudeba.
- BLEICHMAR, S., (1993). La fundación de lo inconciente. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- BLEICHMAR, S., La construcción de la verdad en análisis. En Revista Asociación Escuela Argentina de psicoterapia para Graduados. N°16. 1990
- BLEICHMAR, S., Simbolizaciones de transición: una clínica abierta a lo real. En Docta - Revista de psicoanálisis -Editada por asociación psicoanalítica de Córdoba, Año 2/Otoño-Invierno 2004
- FREUD, S., (1896), Carta 52, Obras Completas, Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- FREUD, S., (1920), Más allá del principio del placer, Obras Completas, Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- FREUD, S., (1925), Inhibición, síntoma y angustia, Obras Completas, Tomo XX. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- GOMEL, S., (1997), Transmisión generacional, familia y subjetividad, Buenos Aires: Lugar.
- KAES, R.; FAINBERG, H.; ENRIQUES, M.; BARANES, J., (1996), Transmisión de la vida psíquica entre generaciones. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- LAPLANCHE, J. PONTALIS, J. (1972) Diccionario de psicoanálisis. Santiago de Chile: Empresa Editorial Nacional Quimantu Limitada.
- TISSERON, S., (1997), El psicoanálisis ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma, Buenos Aires: Amorrortu editores.